



SERIE TIEMPO PARA

María y Marta

Cómo equilibrar las
prioridades de la vida

Alice Mathews

MARÍA & MARTA: Cómo equilibrar las prioridades de la vida

CONTENIDO

María & Marta: Cómo vivir con éxito en dos mundos	2
Marta & María: Cómo alimentar la esperanza en época de pérdida.....	17

Alice Mathews usa la experiencia de su vida y corazón para dar una perspectiva fresca a la Palabra de Dios. Alice ha sido misionera, esposa de pastor, madre y abuela. Ahora, con un doctorado, es catedrática del Seminario Gordon-Conwell de Boston.

Sólo una mujer ocupada puede entender el corazón de Marta, una mujer del Nuevo Testamento sobrecargada de trabajo. También hay que ser una mujer pensadora a quien le encante aprender a los pies de su Señor para entender el corazón de María, la hermana de Marta.

Alice es esa mujer. Y comparte sus reflexiones sobre María y Marta en las páginas siguientes.

Martin R. De Haan II

MARÍA & MARTA: Cómo vivir con éxito en dos mundos

Cuando llegué al quinto curso, empecé a estudiar lo que entonces se llamaba «ciencia doméstica». Para cuando llegué a la secundaria, el nombre había cambiado a «economía del hogar». Tengo entendido que los catálogos de las universidades ahora lo llaman «ecología humana». Con cualquiera de esos nombres, era lo mismo: un semestre de cocina, un semestre de costura, un semestre de cocina, un semestre de costura. Tal vez usted se haya encontrado en el mismo camino.

No sé cuál de las dos odiaba más, si la cocina o la costura. A la edad de 10 años no sabía separar huevos nítidamente ni hacer costuras abiertas. Lo que

más recuerdo es que temía las horas que pasaba en las aulas de ciencia doméstica.

Aprendimos a coser usando máquinas de pedal. Entonces no había ingenios eléctricos. Hace poco entré a una tienda de telas para comprar un patrón, y eché un vistazo a la gama de máquinas de coser modernas que había en exhibición: maravillosas hacedoras de milagros electrónicas y computarizadas. Mientras me encontraba de pie allí admirando la tecnología al servicio de las modistas, también noté una cosa que apenas ha cambiado desde mi primera introducción a la ciencia doméstica hace 50 años. En la parte frontal de la máquina de coser, justo encima de la aguja, hay un dial que ajusta la tensión del hilo a medida que la máquina cose.

Para que una costura sea firme, el hilo del carrete de arriba y otro

hilo de la bobina de abajo deben entretorse suave y firmemente en la tela. Una modista experimentada verifica la tensión del hilo y hace pequeñitos ajustes en el dial porque comprende lo importante que es que la tensión se regule debidamente.

A veces, mientras coso, choco con ese dial accidentalmente. Escucho el «clic» que me dice que he alterado el delicado equilibrio de los hilos de arriba y de abajo. Sé que ninguna costura será firme ni útil hasta que ajuste la tensión de nuevo. Todo lo demás tiene que parar hasta asegurarme de que los hilos se están entrelazando debidamente.

Hace poco, mientras leía Lucas 10:38-42 pensé en el dial de tensión de mi máquina de coser. Lucas escribió acerca de una cena que se llevó a cabo en un hogar de Betania:

Mientras iban ellos de camino, Él entró en cierta aldea; y una mujer llamada Marta le recibió en su casa. Y ella tenía una hermana que se llamaba María, que sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra. Pero Marta se preocupaba con todos los preparativos; y acercándose a Él, le dijo: Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje servir sola? Dile, pues, que me ayude. Respondiendo el Señor, le dijo: Marta, Marta, tú estás preocupada y molesta por tantas cosas; pero una sola cosa es necesaria, y María ha escogido la parte buena, la cual no le será quitada.

Esta es la escena: un día caluroso al final de la temporada de lluvia e inicio del verano; una villa de casas blanqueadas sobre una colina a unos cinco kilómetros al este de Jerusalén; el hogar de Marta,

quien posiblemente fuera una viuda adinerada que se había hecho cargo de su hermana María y de Lázaro, su hermano más joven.

Ella Le da la bienvenida a Jesús y a Sus seguidores en su hogar de Betania. Se apresura para proporcionar a Jesús un asiento cómodo, y después trae a cada uno de sus invitados algo frío para tomar. Le hace una seña a María, la cual llena de agua el cántaro que está cerca de la puerta, luego toma una toalla, y empieza a lavar los pies de cada uno de sus invitados. Los seguidores de Jesús se sientan alrededor de la gran habitación y conversan en voz baja acerca de los acontecimientos de los días recientes. Los habitantes de la villa comienzan a agolparse a la puerta, ansiosos por entrar y escuchar a Jesús, el gran rabí.

Aquella no es Su primera visita a Betania. Los de aquel lugar han escuchado

antes algunas de Sus sorprendentes historias. Tal vez Él les cuente más. Unos cuantos se adentran un poco y se sientan fuera del círculo de los discípulos. Es posible que tanto Marta como María tomaran asiento a los pies de Jesús para aprender de Él. [La Biblia de las Américas tiene una nota al margen del versículo 39 que dice: «Lit., que también». Nota de la Traductora.]

No sé cuánto tiempo pasó Marta allí sentada escuchando al Señor Jesús. Pero tengo la impresión de que, si se parecía a mí, se sentó allí aquel día con la mente dividida. Después de todo, allí había 13 hombres que tendrían hambre y había que alimentarlos. ¿Qué tenía a mano para darles de comer? ¿Qué se necesitaría para prepararlo todo? ¿Tendría ella que salir corriendo a unas cuantas tiendas para comprar grano o frutas?

Yo me identifico con Marta. Sé exactamente lo que estaba haciendo mientras estaba allí sentada. Primero, hizo un inventario mental de todo lo que había en la despensa. Después planificó el menú, asegurándose de no pasar nada por alto. Luego hizo una lista mental de todas las tareas que había que hacer. Cuando lo hubo pensado todo, echó un vistazo subrepticamente por la habitación para ver cuál era la mejor forma de ir hasta la cocina desde donde ella estaba en medio de la multitud. Una vez hubo planeado su salida, ya no podía quedarse allí sentada. ¡Tenía que ponerse a trabajar! Después de todo, ella era la anfitriona. Era su responsabilidad satisfacer las necesidades de sus invitados. Nadie pensaría menos de Lázaro ni de María si la comida no era adecuada. La culpa seguro

que caería sobre ella. No había tiempo para sentarse y escuchar a Jesús ahora... tal vez después de que todo el trabajo estuviera hecho.

Una vez en la cocina, Marta sintió esa ola de emoción que nos viene a muchos de nosotros cuando estamos a punto de hacer algo especial para alguien que nos importa mucho. Queremos que todo esté perfecto: bueno, al menos lo más cerca de perfecto que sea posible. Nuestro amor nos da energía. Nos alegramos de tener la oportunidad de mostrar nuestro amor a alguien especial.

¿Se imagina usted a Marta, en el conocido territorio de la cocina, convertida en un torbellino de actividades? Primero, empezar a cocinar las verduras y las lentejas con cebollas y ajo. Luego, sazonar el cordero para asarlo. Moler el grano y mezclar el pan para

hornearlo. Después, preparar los higos y las granadas. Buscar agua para mezclar con el vino. Poner la mesa. Remover las verduras y las lentejas. Darle la vuelta al cordero en el asador. Empezar a hornear el pan.

Al echar un vistazo por la ventana a la posición del sol en el cielo, Marta de repente se dio cuenta de que pronto sería la hora de comer y a ella le faltaba mucho para terminar. Puede haber sentido lo que siento yo cuando me he dejado llevar por el entusiasmo y me doy cuenta de que se está acabando el tiempo y no puedo terminar todo lo que había planeado. Cuando eso sucede, me enoja: conmigo y con cualquiera que haya podido contribuir a que no haya logrado mis planes.

Sospecho que eso le sucedió a Marta. De repente, los planes y el trabajo que habían comenzado como

puro gozo se volvieron agrios. Lucas nos dice en el versículo 40 que ella estaba distraída con todos los preparativos que estaba haciendo. Mientras más trabajaba, más nerviosa de ponía.

***Mientras más
trabajaba Marta,
más nerviosa
se ponía.***

La culpa la tenía María. Si María hubiera estado allí para ayudarle, habría sido distinto.

Todos conocemos esa sensación, ¿verdad? Ya es suficientemente malo tener que hacerlo todo. Es todavía peor cuando alguien que pensamos debería estar ayudándonos a compartir la carga nos defrauda. Nuestra irritación por la injusticia de todo va creciendo hasta estallar.

Eso fue lo que le sucedió a Marta. En el versículo 40 finalmente explota:

Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje servir sola? Dile, pues, que me ayude.

Es interesante, ¿no?, que Marta comunicara su irritación a Jesús, no a María. Tal vez ella ya había intentado, sin éxito, captar la mirada de María y hacerle señas para que se levantara a ayudarla. O puede haberle dado un codazo suave a María, quien la ignoró y siguió escuchando a Jesús.

Todos tenemos formas de enviar un mensaje. Nos limpiamos la garganta. Tocamos la mesa con los dedos. Hacemos movimientos que llamen la atención. Nos irrita aun más cuando la otra persona nos ignora.

Sea lo que sea que sucedió, Marta habló directamente a Jesús, acusándolo de que ella no Le importaba. Estaba segura

de que, si a Él realmente le importaba, le diría a María que se levantara y le ayudara.

...Marta, Marta, tú estás preocupada y molesta por tantas cosas; pero una sola cosa es necesaria, y María ha escogido la parte buena, la cual no le será quitada

—Lucas 10:41-42

Me intriga la manera en que Marta vinculó el afecto de Jesús por ella con Su disposición a decirle a María que se pusiera a trabajar. Marta pensaba que sabía cómo debía Jesús demostrar Su amor: aliviando su carga.

Eso es exactamente lo que vemos que Él hace, aunque no de la manera que ella

esperaba. En Su respuesta aprendemos mucho sobre nuestro discipulado como mujeres cristianas:

...Marta, Marta, tú estás preocupada y molesta por tantas cosas; pero una sola cosa es necesaria, y María ha escogido la parte buena, la cual no le será quitada (Lucas 10:41-42).

El problema de Marta era un problema de equilibrio, de vivir la vida en la tensión adecuada.

El problema no era el trabajo que Marta estaba haciendo. Lo que creó la mala situación fue su actitud de afanarse y preocuparse. Jesús sabía que Marta ponía demasiado énfasis en las cosas que no importaban.

El problema de Marta era un problema de equilibrio, de vivir la vida en la tensión adecuada. Examinemos más de cerca lo que Jesús dijo y no dijo a esta sobrecargada mujer.

Primero, Jesús no le regañó por hacer preparativos para Él y Sus discípulos. Si ella, como anfitriona de la casa, hubiera decidido dejar de hacer preparativos para la comida, sus invitados hubieran pasado hambre. Lo que estaba sucediendo en aquella cocina de Betania era importante.

¿Recuerda usted lo que Jesús dijo a Satanás cuando fue tentado en el desierto al principio de su ministerio público? En Mateo 4:4 leemos: «No sólo de pan vivirá el hombre». Jesús no dijo: «El hombre no vive de pan». Nosotros vivimos de pan. Tenemos cuerpos a los que hay que alimentar. Jesús sabía eso y alimentó a la gente: 5.000 de una sola vez.

Pero Jesús también sabía que las personas no son sólo cuerpos. No vivimos de pan solamente. Alimentar nuestro espíritu es, por lo menos tan importante como alimentar nuestros cuerpos.

***No solo de pan
vivirá el hombre,
sino de toda
palabra que sale
de la boca de Dios.***

—Mateo 4:4

El problema de Marta no era que estuviera preparando comida para sus invitados. Eso era necesario y, en su papel de anfitriona, era su responsabilidad asegurarse de que se hiciera. Pero ella le daba demasiada importancia. En vez de conformarse con una cena sencilla, trató de impresionar con una comida elaborada. Jesús, básicamente, le

dijo que un plato hubiera sido suficiente.

Todos tenemos responsabilidades que desempeñamos todos los días de nuestra vida. Vamos a la oficina. Cocinamos. Corregimos exámenes. Limpiamos la casa. Lavamos la ropa. Hacemos estas cosas y las queremos hacer bien. Dorothy Sayers nos recuerda que del taller de carpintería de Nazaret no salían patas de mesa torcidas. No honramos a Dios con trabajo de mala calidad ni descuidando nuestras obligaciones en la vida.

Pero debemos estar seguros de que lo necesario no crezca desproporcionadamente ni distorsione nuestra vida. Podemos confundir fácilmente los medios con los fines. Inadvertidamente podemos cambiar lo que es un medio de vivir para Dios en un fin en sí mismo. Cuando tomamos algo que

no es demasiado importante y le damos un lugar prioritario en nuestra vida, lo que hubiera sido inofensivo se puede convertir en piedra de tropiezo para nosotros. Una de las cosas que Jesús vio aquella tarde hace 2.000 años fue que Marta estaba desdeñando lo que María había escogido. Marta impuso a María su sistema de valores: tal vez una casa reluciente y ciertamente una comida suntuosa. Si Marta consideraba «necesario» ir de un lado para otro, también debía ser necesario para María.

Note que Jesús no le dijo a Marta que hiciera lo que estaba haciendo María. Al mismo tiempo señaló que María había escogido la buena parte. Al decir esto, Jesús utilizó un pequeño juego de palabras que no se traduce bien al castellano. Básicamente dijo: «Marta, tú estás preparándonos muchos platos para comer,

pero María ha preparado el único plato que no puedes preparar en tu cocina».

Aunque la comida era necesaria, algo mucho más sencillo habría sido incluso mejor, permitiéndole a Marta seguir sentada con María y aprender de Cristo.

***Inadvertidamente
podemos cambiar
lo que es un
medio de vivir
para Dios en un
fin en sí mismo.***

¿Cree que Jesús estaba siendo un poquito duro con Marta? Después de todo, ella estaba haciendo todo aquel trabajo para agradarle. Sin embargo, ¿cree usted que a Él le agradó su petición de que le dijera a Marta que se levantara y la ayudara? ¿Cree que a María le gustó que la humillaran de esa

forma? ¿Cree que a los discípulos y a los vecinos les gustó que al Maestro lo interrumpieran así? ¿Y la misma Marta? ¿Cree que ella estaba contenta consigo misma? Sabemos cuándo hemos echado a perder las cosas para nosotros y los que nos rodean. ¡Y Marta echó a perder las cosas!

Cuando usted se imagina esta escena, ¿qué imagen de Marta le viene a la mente? Elisabeth Moltmann-Wendel comentó que siempre que ella piensa en Marta recuerda una foto de la Biblia para los niños. En ella, María está sentada a los pies de Jesús escuchando y Marta está en el fondo, recostada en la puerta de la cocina con una mirada maligna y de desconfianza en la cara.

Cuando pensamos en estas dos hermanas tendemos a imaginar a María con un aura de santidad alrededor de la cabeza, y

asociamos a Marta con aceite de oliva y pescado.

Cuando alguien dice: «Ella es como Marta», ya sabemos lo que eso significa. Alguien que es práctico, competente, sencillo. Las Martas son en verdad útiles y necesarias. La iglesia sería un lugar muy difícil si todos fuéramos como María. Pero cuando se trata de pintar un modelo o un ideal, definitivamente que es María. Eso nos coloca en un aprieto, si lo analizamos. El trabajo de Marta es necesario, tanto en la iglesia como en la casa. Pero María es la que se lleva la buena fama.

***El trabajo de
Marta es necesario,
...Pero es María
la que se lleva la
buena fama.***

Así que a Marta es normalmente atacada un poquito. Martín Lutero escribió: «Marta, tu trabajo debe ser castigado y contado como cero... Yo no quiero trabajo, excepto el de María».

***Como seguidores
de Cristo, debemos
cultivar tanto
a la Marta
como a la María
que hay en nosotros.***

¡Duras palabras! Así que yo me siento un poquito avergonzada de ser una Marta. Pero Martín Lutero estaba equivocado. El trabajo de Marta no debe castigarse ni contarse como cero. Marta tenía que corregir su actitud. Tenía que cambiar su perspectiva. Pero el trabajo de Marta es bueno y necesario. La realidad es que, como

seguidores de Cristo, necesitamos cultivar tanto a la Marta como a la María que hay en cada uno de nosotros.

En Lucas, un poco antes, encontramos la historia de un abogado que trató de tenderle una trampa a Jesús preguntándole qué tenía él que hacer para heredar la vida eterna. Jesús le contestó sencillamente con otra pregunta: «¿Qué está escrito en la ley? ¿Qué lees en ella?» El abogado contestó con dos grandes afirmaciones tomadas de Deuteronomio 6:5 y Levítico 19:18: Hemos de amar al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con toda nuestra fuerza, y con toda nuestra mente, y a nuestro prójimo como a nosotros mismos. El abogado contestó perfectamente bien. Jesús estuvo de acuerdo diciendo: «Has respondido bien. Haz esto y vivirás».

El abogado pudo haberlo dejado ahí, pero no lo hizo. Apremió a Jesús con otra pregunta: «¿Y quién es mi prójimo?» Para responder a eso, Jesús contó una de esas historias maravillosas que nos toman por sorpresa.

La historia era de un hombre que viajaba de Jerusalén a Jericó por un camino montañoso y polvoriento. Unos ladrones lo atacaron, lo despojaron de todo, lo golpearon y lo dejaron medio muerto. Primero vino un sacerdote. Tal vez acababa de terminar su semana de servicio en Jerusalén e iba de camino a casa por un año. Vio al pobre hombre, pero se desvió para evitar todo contacto con él. Luego vino un levita. Los levitas del Israel del primer siglo eran sacerdotes de menor rango, que cantaban en el momento del sacrificio y que trabajaban como guardias y siervos de los sacerdotes

de mayor rango. El levita, como el sacerdote, echó un vistazo al hombre herido y pasó de largo por el otro lado del camino.

La tercera persona que pasó por allí era un samaritano, despreciado por los judíos. Hay que saber cuánto detestaban los judíos a los samaritanos para tener una idea de lo chocante que era esta historia que contó Jesús en la que decía que un samaritano pasó por allí. Este extranjero menospreciado vio al hombre, y en lugar de hacer lo que hicieron los judíos religiosos, se detuvo, vendó y curó las heridas del pobre hombre, lo puso en su asno, y lo llevó a un mesón donde lo cuidó. Hasta pagó al mesonero para que siguiera cuidando al hombre mientras él seguía su camino.

¿Cuál era el ingenio de la historia? Cuando Jesús terminó la historia preguntó al abogado quién pensaba él

que era el prójimo del herido. Por supuesto que el abogado tuvo que decir: «El que tuvo misericordia de él» (v.37). Y Jesús contestó: «Ve y haz tú lo mismo».

¿No era eso lo que Marta había hecho? ¿No se había molestado para tratar a Jesús y a sus discípulos con amabilidad? ¿No estaba satisfaciendo la necesidad de otra persona? ¡Por supuesto! ¿No estaba siendo una «buena samaritana» mientras María ignoraba las necesidades físicas de sus invitados como los dos judíos religiosos habían ignorado al hombre que fue golpeado y asaltado?

Echemos un vistazo a la respuesta por la cual alabó Jesús a aquel abogado del siglo I: Hemos de amar al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón, con toda el alma, con toda nuestra fuerza y con toda nuestra mente, y a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

Note el orden de los dos amores: Dios primero, luego nuestro prójimo. No al revés. No se trata de hacer un contraste entre la vida activista y la vida contemplativa. Es cuestión de prioridades. Antes que el servicio, debemos priorizar el escuchar la Palabra de Dios y aprenderla. Eso nos prepara y nos inspira para nuestro servicio a Dios y a los demás.

***No se trata de
hacer un contraste
entre la vida
activista y la vida
contemplativa.
Es cuestión de
prioridades.***

Lo que Jesús quería ese día no eran las lentejas ni el cordero de Marta, sino a la propia Marta. El único plato que ella no podía preparar

en su cocina era su relación con Dios. Ella podía preparar ese plato sólo si se quedaba a los pies de Jesús y Le dejaba suplirle el alimento para su alma.

Marta quería que Jesús aliviara su carga ese día. Él hizo exactamente eso, pero no de la manera que ella pensó que debía hacerse. Él sabía que nuestra relación con Dios no se desarrolla en medio del afán. Lo único necesario es escuchar a Dios cuando nos habla. María optó por invertir tiempo en esa relación primaria y no dejarse distraer por las cosas sin importancia.

«Marta debe ser una María —escribió un comentarista— y la verdadera María debe también ser una Marta; ambas son hermanas». Esto me lleva de vuelta al dial de tensión de mi máquina de coser. Si la tensión del hilo de arriba es muy floja, la parte de abajo de la tela

terminará enredándose por exceso de hilo. La costura no tiene fuerza. En el momento en que se le aplica presión, se rompe irremediablemente. Lo único que una modista puede hacer es sacar todos los hilos, ajustar la tensión, y empezar de nuevo.

Tampoco tenemos ninguna costura utilizable si los hilos no vienen tanto del carrete de arriba como de la bobina de abajo. Podríamos intentar coser todo el día sólo con el carrete de arriba de la máquina y nada en la bobina de abajo. No conseguiríamos ni una sola costura. Si hemos de conseguir alguna costura, el hilo de Marta y el de María, ambos, deben estar alimentándose debidamente y entrelazándose. El equilibrio entre los dos tiene que ajustarse finamente si queremos que la costura sea firme y utilizable.

Vivimos en este mundo. Esto significa que nos preocupamos por el alimento, la ropa, las casas y las familias, los empleos y los estudios. Pero también vivimos en el mundo del espíritu. Nos preocupamos por nuestra relación con Dios. Ese era el verdadero problema de Marta. Estaba cosiendo sin hilo en la bobina.

Ese es el orden de Dios: primero amamos a Dios con todo nuestro corazón, alma, fortaleza y mente, y luego estamos preparados para ir y amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

Para que nuestro servicio sea correcto, nuestras prioridades deben ser correctas. Debemos dejar que Jesús nos ministre antes de ir y ministrar en Su nombre. Ese es el orden de Dios: primero amamos a Dios con todo nuestro corazón, alma, fortaleza y mente, y luego estamos preparados para ir y amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Si invertimos eso, podríamos terminar sintiéndonos con exceso de trabajo y poco valorizados. Cuando mantenemos nuestras prioridades de conformidad con las prioridades de Dios, descubrimos que Él nos capacita para hacer lo que hay que hacer con gozo y satisfacción.

MARTA & MARÍA: Cómo alimentar la esperanza en época de pérdida

Cuando mi esposo terminó sus estudios en el Seminario de Denver en 1956, nos mudamos a su primer pastorado en una pequeña ciudad en la parte central del estado de Wyoming. A medida que empezamos a conocer a los líderes de la iglesia, llegamos a apreciar en particular a unos esposos mayores. Gene, un carpintero jubilado, llegaba a la iglesia todas las mañanas para ayudar a construir un anexo al ala educativa del edificio. Su esposa Mae también venía casi con igual frecuencia. Admirábamos el incansable compromiso que veíamos en ellos diariamente con Jesucristo y su Iglesia.

Unos seis meses después de llegar nosotros, una

llamada telefónica trajo la noticia de que Don, el único hijo de esta pareja, acababa de morir aplastado en un accidente en una mina. Nos apresuramos para llegar al otro lado de la ciudad para estar con Gene y Mae, quienes sabíamos estarían luchando con el impacto del acontecimiento y la incredulidad. Para ellos iba a ser un periodo de mucho dolor mientras pasaban por aquella aflicción. Pero estábamos seguros de que lo lograrían. Tenían todos los recursos cristianos para sostenerles durante su crisis. También llegaron otros amigos, y confiábamos en que toda la comunidad los rodearía a ellos, a su nuera y a sus dos nietos, de amor e interés en su situación.

Unos días después del entierro, Gene regresó a su trabajo voluntario en el edificio de la iglesia. Pero los domingos iba solo. Cuando fuimos a visitarlos

percibimos que Gene estaba encontrando la fortaleza para lidiar con su aflicción, pero para Mae, las cosas eran distintas.

Al preguntarle acerca de esto nos enteramos de que desde el momento en que llegó la noticia del accidente, Mae le dio la espalda a Dios. ¿Cómo podía ella creer en un Dios que les negaría a su único hijo, y que negaría a sus nietos la oportunidad de tener un padre? Dios no podía ser un Dios de amor y bondad y, al mismo tiempo, darles semejante golpe. Siempre que los visitábamos escuchábamos su argumento contra Dios. Era evidente que las verdades de su fe y los hechos de su vida no armonizaban. La fe que pensábamos iba a sostenerla parecía ser un obstáculo.

Mae me recordó a otras dos mujeres que enviaron a buscar a Jesús cuando su hermano cayó gravemente enfermo. Pero Jesús no llegó

a tiempo para ayudarles. Cuando finalmente se presentó, las dos mujeres le dijeron: «Señor, si hubieras estado aquí, nuestro hermano no habría muerto». Estas hermanas tenían suficiente fe como para creer que si Jesús hubiera ido habría sanado a su hermano. Pero parecía que Jesús las había defraudado.

La historia se halla en Juan 11. Los primeros seis versículos nos dicen esto:

Y estaba enfermo cierto hombre llamado Lázaro, de Betania, la aldea de María y de su hermana Marta. María, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo, fue la que ungió al Señor con perfume y le secó los pies con sus cabellos. Las hermanas entonces mandaron a decir a Jesús: Señor, mira, el que tú amas está enfermo. Cuando Jesús lo oyó, dijo: Esta enfermedad no es para muerte, sino para

la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por medio de ella. Y Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando oyó, pues, que Lázaro estaba enfermo, entonces se quedó dos días más en el lugar donde estaba.

Ese es el escenario.

Lázaro estaba enfermo. Sus dos hermanas, María y Marta, acudieron de inmediato a su amigo Jesús con la esperanza de que viniera pronto y sanara a su hermano antes de que fuera demasiado tarde.

Sabiendo que Jesús amaba a este trío, era de esperarse que saliera inmediatamente para Betania a hacer lo que pudiera para librarlas de la ansiedad y la aflicción. Sin embargo, vemos que Jesús no responde de la manera en que las dos hermanas esperaban. En lugar de salir de una vez para Betania, se

quedó donde estaba dos días más.

Un principio importante en la vida es que el amor permite el dolor. No queremos que sea así. Queremos creer que si Dios verdaderamente nos ama no permitirá que nada doloroso invada nuestras vidas. Pero ese no es el caso. El amor de Dios no nos garantiza un refugio contra las experiencias difíciles que son necesarias para nuestro crecimiento espiritual. El amor y el retraso son compatibles.

Si Jesús se hubiera apresurado a ir a Betania tan pronto como recibió la noticia de la enfermedad de Lázaro, María y Marta no se habrían quedado suspendidas entre la esperanza y el temor: la esperanza de que Aquel que podía ayudar a su hermano llegara a tiempo, y el temor de que podía llegar demasiado tarde. Se habrían

ahorrado la angustia de ver a Lázaro hundirse en la muerte. Habrían evitado la agonía de aquellos últimos momentos antes de cerrar los ojos de Lázaro y preparar su cuerpo para enterrarlo. Hubieran impedido la desolación de la aflicción. Pero Jesús no llegó.

***El amor de Dios
no nos garantiza
un refugio contra
las experiencias
difíciles que son
necesarias para
nuestro crecimiento
espiritual.***

Él sabía que era hora de que María, Marta y Sus discípulos aprendieran lo que no podrían apreciar si Él intervenía demasiado pronto. Juan 11 nos dice cómo Jesús tenía el control

completo. Él sabía lo que estaba haciendo. Sabía que el crecimiento espiritual de Marta y María y de Su grupo de discípulos que viajaba con Él dependía del momento adecuado. ¿Cómo sabemos esto? Lea lo que dice Juan 11:7-16.

Luego, después de esto, dijo a sus discípulos: Vamos de nuevo a Judea. Los discípulos le dijeron: Rabí, hace poco que los judíos procuraban apedrearte, ¿y vas otra vez allá? Jesús respondió: ¿No hay doce horas en el día? Si alguno anda de día no tropieza, porque ve la luz de este mundo. Pero si alguno anda de noche, tropieza, porque la luz no está en él. Dijo esto, y después de esto añadió: Nuestro amigo Lázaro se ha dormido; pero voy a despertarlo.

Los discípulos entonces le dijeron: Señor, si se ha dormido, se recuperará.

Pero Jesús había hablado de la muerte de Lázaro, mas ellos creyeron que hablaba literalmente del sueño.

Entonces Jesús, por eso, les dijo claramente: Lázaro ha muerto; y por causa de vosotros me alegro de no haber estado allí, para que creáis; pero vamos a donde está él.

Tomás, llamado el Dídimo, dijo entonces a sus discípulos: Vamos nosotros también para morir con Él.

El tiempo de Dios.

Jesús sabía que, si Lázaro no hubiera muerto, María y Marta nunca le habrían conocido como la resurrección y la vida. David no hubiera conocido a Dios como su roca y fortaleza si no hubiera sido perseguido por Saúl en las montañas de En Gadi. Los israelitas no hubieran conocido a Dios como su libertador si no hubieran sido esclavos

en Egipto. Nuestras experiencias dolorosas pueden revelarnos a Dios de nuevas maneras. Jesús sabía precisamente lo que estaba haciendo.

***Nuestras
experiencias
dolorosas pueden
revelarnos a Dios de
maneras nuevas.***

Cuándo llegó, Jesús descubrió que Lázaro había estado en la tumba cuatro días. Muchos judíos habían ido de Jerusalén a Betania a consolar a Marta y a María por la pérdida de su hermano. De todas las obligaciones, las condolencias eran para ellos las primeras. No había nada más importante que expresar tristeza con los acongojados.

En el clima caliente de Israel, era preciso enterrar a

los muertos inmediatamente. Las mujeres ungián el cuerpo con las especias y los ungüentos más finos. Luego lo envolvían en un lienzo de lino con las manos y los pies atados con vendas y la cabeza cubierta con una toalla. Todo el que pudiera ir se uniría a la procesión desde la casa hasta la tumba. Curiosamente, las mujeres caminaban primero, porque según los maestros de aquellos días, fue una mujer la que, por su pecado, fue responsable de que la muerte entrara en el mundo.

En la tumba, los amigos daban discursos memoriales. Luego, los de la comitiva fúnebre formaban dos filas largas entre las cuales caminaban los miembros de la familia. Mientras el cuerpo permaneciera en la casa, la familia tenía prohibido preparar comida allí, comer carne o tomar vino, o estudiar. Cuando sacaban el cuerpo, se daba la vuelta a

todos los muebles, y los que guardaban luto se sentaban en el suelo o en bancos bajitos. Al regresar de la tumba comían pan, huevos hervidos duros y lentejas, lo cual simbolizaba la vida que siempre rodaba hacia la muerte.

El luto profundo duraba 7 días, durante los cuales nadie se podía ungir, ponerse zapatos, involucrarse en estudios ni negocios, o ni siquiera lavarse. A la semana de luto profundo le seguían 30 días de un luto más ligero.

En medio de este periodo de luto profundo, Marta oyó decir que Jesús estaba entrando en la villa. Violando las costumbres del Medio Oriente salió a Su encuentro mientras María se quedó en la casa. La extraordinaria conversación que Marta tuvo con Jesús se registra en Juan 11:21-27.

*Y Marta dijo a Jesús:
Señor, si hubieras estado*

aquí, mi hermano no habría muerto. Aun ahora, yo sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá. Jesús le dijo: Tu hermano resucitará. Marta le contestó: Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día final. Jesús le dijo: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá, y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto? Ella le dijo: Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que viene al mundo.

«Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto». En esa afirmación, Marta expresó su duda de que Jesús tuviera un poder ilimitado. Si hubiera estado allí, esto no habría sucedido. Él tenía que estar presente para sanar a su hermano. No obstante, su confianza general en Jesús sale a relucir: «Aun ahora, yo sé

que todo lo que pidas a Dios, Dios Te lo concederá».

Jesús le contestó llevando su mente a la promesa de la resurrección: «Tu hermano resucitará». Marta parecía impaciente cuando contestó: «Sí, Señor, yo sé que resucitará en la resurrección, en el día final».

La doctrina de la resurrección no fue particularmente consoladora para Marta en su momento de tristeza.

Ella sabía la verdad. Entendía bien la doctrina. De hecho, tenía una base espiritual más firme que la de los saduceos, los cuales negaban la resurrección. En su afirmación testificaba de la firme enseñanza de la fe de su nación. Pero no encontraba mucho consuelo

en el tiempo futuro. En ese momento, Marta necesitaba algo más inmediato que un acontecimiento tan lejano como «la resurrección en el día final». La doctrina no era particularmente consoladora en su momento de tristeza.

Jesús vio eso y cambió su idea de la resurrección como acontecimiento futuro a una realidad presente: «Yo soy la resurrección y la vida». ¡Lo que debe haber sentido Marta en aquel dramático momento! «¡Yo soy la resurrección y la vida!» Con esas sorprendentes palabras, Jesús llevó los pensamientos de Marta de una leve esperanza futura a una verdad presente. Dio a la fe de ella su verdadero objeto: Él mismo. La confianza en Jesucristo, el Dios-Hombre que es la resurrección y la vida, pudo ocupar el lugar de su vaga esperanza en un acontecimiento futuro.

¿Cómo obtenemos esa confianza? Jesús nos dijo

cómo hacerlo en el versículo 25: «El que cree en Mí, aunque muera, vivirá, y todo el que vive y cree en Mí, no morirá jamás».

Cuando creemos en Jesucristo ganamos una calidad de vida que es mayor que la muerte. La muerte se convierte, no en el fin de la vida, sino en la puerta hacia una mayor vida.

***El que cree en Mí,
aunque muera,
vivirá, y todo el que
vive y cree en Mí,
no morirá jamás.***

—Juan 11:25

¿Cómo terminó Jesús la afirmación que le hizo a Marta? Le preguntó: «¿Crees esto?» Con esa pregunta la llevó al tema de la fe personal. La fe que lleva a la vida eterna nunca puede ser una fe heredada de nuestros

abuelos ni adquirida por estar cerca del pastor. Es un compromiso personal que cada uno de nosotros debe hacer.

Marta dio una respuesta extraordinaria a la pregunta de Jesús (v.27): «Sí, Señor; yo he creído que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que viene al mundo». Compare eso con la gran confesión de Pedro (Mateo 16:16). Jesús preguntó a Sus discípulos: «Y vosotros, ¿quién decís que soy Yo?» Pedro respondió: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente». Jesús replicó que sobre esa confesión, esa verdad, se edificaría la Iglesia.

Marta comprendió la misma verdad. ¿Dónde la aprendió? ¿Se había sentado a los pies de Jesús? ¿Le había escuchado enseñar a las multitudes? Evidentemente, esta mujer, aunque tenía una fe imperfecta, entendía la verdad central sobre la cual

podría crecer: Jesús es el enviado de Dios.

Lo mismo sucede con nosotros hoy. Usted y yo acudimos a Aquel que es la resurrección y la vida sobre la base de la verdad que Marta dijo aquel día en Betania hace más de 2.000 años. No podremos empezar a crecer hasta que consideremos a Jesús quién es de verdad y acudamos a Él tal como somos.

La historia sigue. Marta regresó a la casa y, llamando a María aparte, le dijo que el Maestro había llegado y había preguntado por ella. María se levantó rápidamente y fue a encontrar a Jesús. Ella, a su vez, dijo las mismas palabras que Marta había pronunciado: «Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto». Las mismas palabras que Marta pronunció, pero con una omisión. Marta prosiguió diciendo: «Aun

ahora, yo sé que todo lo que pidas a Dios, Dios Te lo concederá». Marta, a pesar de sus defectos, hablaba de su fe. María, al contrario, estaba abrumada por su tristeza.

Cuando leímos la otra historia sobre María y Marta en Lucas 10, parecía que la «espiritual» era María y Marta, era la «no espiritual». Ahora, al observar a estas dos mujeres, descubrimos que la práctica Marta había entendido lo suficiente como para hacer una magnífica confesión de fe en Jesucristo. María, por otro lado, estaba demasiado ensimismada en su pérdida como para decir algo más que: «Jesús, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto».

Note cómo Jesús se adaptó a la necesidad de cada una. Con Marta habló de una profunda verdad teológica, incluso en un momento de mucho dolor. Con María se solidarizó. Se

puso a su altura de manera que pudiera llevarla a un nivel de fe diferente.

El escenario estaba preparado. Habían pasado cuatro días desde la muerte de Lázaro. La tumba típica del Medio Oriente era una cueva con tramos hechos en la misma roca en tres lados. En la apertura de la tumba se hacía un canal en el suelo y se colocaba ahí una gran piedra en forma de rueda para poder rodarla hasta la entrada de la cueva. Para los judíos, era importante que la entrada quedara bien sellada. Ellos creían que los espíritus de los que se habían ido merodeaban las tumbas durante cuatro días tratando de entrar de nuevo en el cuerpo del que había partido. Pero después de cuatro días se iban, porque para entonces el cuerpo estaría tan deteriorado que no podrían reconocerlo.

Los de la comitiva fúnebre habían seguido a María y

se encontraban frente a la cueva. La opinión común era que, cuanto menos se restringía el lamento, más se honraba al muerto. Los que habían ido a consolar a María y a Marta no estaban llorando en silencio con las cabezas bajas. Más bien honraron a Lázaro con un lamento abierto, con gritos de histeria.

***Dios empieza
con nosotros
donde estamos,
pero no nos deja
ahí. Nos lleva a
un nivel de fe
más profundo.***

Jesús se detuvo en medio de la multitud de los que lamentaban la muerte. Tanto en el versículo 33 como en el 38, Juan lo describió usando una palabra griega que no se traduce con precisión en

muchas Biblias. Jesús estaba más que «profundamente conmovido». Temblaba de indignación.

¿Indignación por qué? Jesús se paró allí aquel día como Señor de la vida, el que le acababa de decir a Marta que Él era la resurrección y la vida. Allí estaba cara a cara con todos los efectos de la caída: la muerte, la desgracia humana, los corazones rotos. Jesús había venido al mundo a librarnos de la muerte y la condenación. Sabía que aunque confrontara y venciera a la muerte ese día, la conquista final sólo podía venir de una manera. Él también tendría que pasar por la muerte. Tendría que probar su amargura. Tendría que morir.

Temblaba, temblaba ante lo horrible de la muerte. Temblaba por las consecuencias del pecado. Temblaba por el dolor de la alienación. Temblaba de

indignación porque fuera inevitable todo aquello. Y entonces actuó. Habló cuatro veces.

Hablando a los que se lamentaban dijo simplemente: «Quitad la piedra» (Juan 11:39). Jesús pudo haber hablado a la piedra y ordenarle que se quitara sin ayuda humana, pero no lo hizo. Los que se encontraban allí de pie recibieron la encomienda. Dios trabaja con una economía de poder divino. Nos exige que hagamos lo que podemos hacer. Nos prueba involucrándonos en sus milagros. «Quitad la piedra».

¿Habían escuchado bien los judíos que estaban allí de pie? ¿Quitar la piedra? Seguro que Jesús no podía hablar en serio. Marta hizo eco de lo que ellos estaban pensando cuando dijo: «Señor, ya hiede, porque hace cuatro días que murió». Marta no entendió el

punto principal de aquella conversación en el camino. Jesús tuvo que recordárselo: «¿No te dije que si crees, verás la gloria de Dios?» (v.40). Jesús trató de elevar la fe de Marta a un nivel más alto para que pudiera mirar más allá de lo terrenal y práctico, y de lo rutinario, a la realidad espiritual. «Quitad la piedra».

***Dios trabaja con
una economía
de poder divino.
Nos exige que
hagamos lo que
podemos hacer.***

La segunda vez que Jesús habló se dirigió a Dios: *Padre, te doy gracias porque me has oído. Yo sabía que siempre me oyes; pero lo dije por causa de la multitud que me rodea, para que crean que tú me has enviado.*

Marta dijo que ella había creído eso. Pero, ¿lo creían los demás? ¿Lo creía María? ¿Lo creían los discípulos? Jesús hizo Su afirmación con franqueza para llevar a la gente a la fe.

La tercera vez que Jesús habló, se dirigió a Lázaro: «¡Lázaro, ven fuera!» (v.43). El muerto salió tropezando, con las manos y los pies envueltos con tiras de lino y una toalla alrededor del rostro. La multitud se retiró, pasmada. ¿Les estaban jugando un truco sus sentidos? Cuatro días antes, ellos habían visto que llevaron a un cadáver a la tumba. No podía ser verdad que Lázaro estuviera vivo otra vez.

Jesús no había orado diciendo: «Padre, resucítalo de entre los muertos». Tampoco había dicho: «En el nombre del Padre, ven fuera». Él le dijo a Marta que era la resurrección y la vida. Actuó bajo Su

propia autoridad. Él era el Señor de la vida, así que Lázaro salió.

***Jesús trabajó
para llevar la fe de
Marta a un nivel
más alto de manera
que pudiera ver más
allá de lo terrenal,
de lo práctico y
de lo rutinario; para
que viera la
realidad espiritual.***

La cuarta vez que Jesús habló lo hizo de nuevo a la atónita multitud: «Desatadlo, y dejadlo ir» (v.44). Los espectadores, que se habían quedado con la boca abierta, tuvieron que tocar a Lázaro y comprobar por sí mismos que no era un fantasma.

Dos cosas sucedieron. Primero, muchos de los judíos que habían ido a

visitar a María creyeron en Jesús (v.45). Ese fue el resultado inmediato. Segundo, la noticia de este increíble milagro pronto llegó a los líderes religiosos en Jerusalén. Ellos veían a Jesús como una amenaza a su poder. Se reunieron para sellar Su destino con una sentencia de muerte.

¿Una sentencia de muerte? Sí, para Él. Pero una sentencia de vida para todos los que creemos. Él es la resurrección y la vida. El que cree en Él vivirá, aunque esa persona muera. El que vive y cree en Él nunca morirá. ¿Cree usted esto?

Los antiguos narradores de cuentos en muchas tierras hablan de un ave fabulosa, sagrada para el sol, llamada fénix. Esta enorme ave, cubierta con un arco iris tornasolado de hermosas plumas, no tenía igual en la tierra. No sólo no había otra ave tan hermosa, sino que ninguna otra cantaba tan

dulcemente ni vivía tanto. Los narradores no podían ponerse de acuerdo en cuanto a la edad del fénix. Algunos decían que el ave vivía 500 años. Otros, que su vida duraba más de 12.000 años.

***Así como el fénix
más glorioso puede
surgir únicamente
de las cenizas
de su propio ser
muerto y su nido
arruinado, así una
gran fe surge sólo de
nuestras esperanzas
desvanecidas y
sueños arruinados.***

Cuando esos años terminaban, el fénix se hacía un nido de ramitas de árboles de especias, ponía el nido en el fuego,

y, junto con el nido, se consumía. No quedaba nada excepto un montón de cenizas esparcidas sobre la tierra. Pero entonces, decían los narradores, una brisa atrapaba esas cenizas y de alguna manera, de allí salía otro fénix incluso más espléndido que el que acababa de morir. Extendía las alas, decían ellos, y volaba hasta el sol.

Los narradores alargaban este mito con la esperanza de que de alguna manera fuera verdad. Tocaban algo profundo en cada uno de nosotros, el anhelo de que de las tragedias destructoras de la vida surgiera algo mejor y más magnífico. Lo que los narradores sólo podían imaginar contiene una verdad de la cual Jesucristo es la realidad.

«Si Dios quiere que confíes en Él —escribió Donald Grey Barnhouse— te coloca en un lugar difícil. Si quiere que confíes mucho

en Él, te pone en un lugar imposible. Porque cuando algo es imposible, los que somos propensos a mover las cosas por la fuerza de nuestro propio ser, podemos decir: ‘Señor, tienes que hacerlo Tú. Yo no soy absolutamente nada’».

***...Dios está presente
con nosotros en
nuestra pérdida, en
nuestra tristeza.***

Lázaro vivió sólo para morir de nuevo. Por segunda vez, las hermanas fueron a la tumba con el cadáver de su amado hermano. Esta vez no hubo resurrección. Pero Jesús había tomado la teología de Marta y le había dado vida: «El que cree en Mí, aunque muera, vivirá, y todo el que vive y cree en Mí, no morirá jamás». Si usted cree en un Dios de resurrección, puede enfrentar

el cementerio y saber que hasta de la muerte puede salir vida. En palabras que se han atribuido a Francisco de Asís, es en la muerte que vivimos.

Sin embargo, no todos los funerales conducen a la vida. Cuando Mae perdió a su único hijo, perdió de vista a Dios y perdió de vista Su amor y poder. No pudo ver que el fénix surge de las cenizas de su propia muerte. No entendió la realidad de que la vida invade a la muerte. Se olvidó —o nunca supo— que Jesucristo pasó por la muerte para conquistarla por todo el tiempo y la eternidad.

Al experimentar el dolor de la pérdida podemos no ver al fénix. No obstante, Jesús nos dice las mismas palabras que dijo a Marta hace 2.000 años en el camino a Betania: «Yo soy la resurrección y la vida». Después de la muerte viene la resurrección. Podemos

confiar en el tiempo perfecto de Dios. Podemos confiar en Su amor. De nuestras experiencias difíciles, podemos salir más fuertes en nuestra fe y esperanza a medida que aprendemos que Dios está presente con nosotros en nuestra pérdida, en nuestra tristeza. La diferencia depende de lo que dejemos hacer a Cristo en nuestra situación.

Este librito es un extracto del libro *A Woman God Can Lead* [Una mujer a quien Dios puede guiar], de Alice Matthews, publicado por © 1998 Discovery House Publishers. Alice participa regularmente en un programa de radio en inglés de los Ministerios RBC titulado *Discover the Word* [Descubramos la Palabra].